

NELLY ARCAN

Loca

Traducción de  
NATALIA FERNÁNDEZ

NELLY ARCAN,  
UNA SOMBRA ENTRE SOMBRAS

(INTENTO DE BIOGRAFÍA)

¿QUÉ PASA CUANDO A alguien, al nacer, le cargan varios fardos que no le corresponden? Ese sobrepeso, previsiblemente, se convierte en destino, o en todo caso en su usurpador. Algo así debió pasarle a Nelly Arcan, nacida como Isabelle Fortier un 5 de marzo de 1973 en Lac-Mégantic, zona este de la región de Quebec, Canadá, bastante cercana a la frontera con los Estados Unidos. Isabelle venía al mundo marcada por dos singularidades: ocupar el vacío que había dejado su hermana muerta, por un lado, y por otro la gran esperanza de que fuera varón, que es lo que el obstetra comunicó a su madre antes del nacimiento. Por lo tanto, Isabelle-Nelly, en el vientre de su madre, era arrullada como Sébastien, el niño de la habitación pintada en azul, como ella misma describe. Un azul para olvidar el dolor de la muerte de un hijo. Una sombra tatuada en el alma de Isabelle, que llegó a su «no lugar» en el mundo, a un espacio donde no se la esperaba, sin nombre y con la mueca del desencanto esculpida a fuego en el rostro de sus familiares.

Ese hogar que no estaba preparado para su llegada vivía profundamente imbuido de lo religioso; el temor a Dios lo expresaba su padre y, sobre todo, el abuelo, mientras el telón de fondo lo constituía la depresión permanente de su madre que, en un mo-

mento dado, se mete en la cama y apenas vuelve a salir salvo para las cuestiones más básicas. Tras una discusión sobre la educación de la pequeña, el abuelo se la lleva a vivir con él largas temporadas, en las que no faltaban Dios ni la misa de los domingos. La niña se educó en colegios religiosos, donde primaba la disciplina.

A los quince años fue una adolescente anoréxica, que estuvo recluida un tiempo en un hospital debido a sus impulsos suicidas. Ya entonces daba muestra de ser lectora compulsiva, aunque no fuera más que por la voracidad con que se entregaba a la ciencia ficción de Stephen King. Termina su bachillerato en la ciudad de Sherbrooke, orientado hacia las ciencias sociales, y se traslada a Montreal para estudiar psicología.

Se fue a Montreal como quien va a Gomorra, sin saberlo. Primero la asistieron sus padres, buscándole casa, e incluso la compañía de una gata. Pero la posadolescente insegura solo empieza a sentirse bien tocando fondo, en un viaje sin retorno a la abyección, al desprecio más incommensurable hacia sí misma. No se gustaba, aunque su físico despertaba pasiones —sobre todo de las más bajas— y decide entregarse a la prostitución por el placer de ganar dinero. Una isla de seguridad y lujo en una vida que ya estaba partida por la mitad. Como dice Michela Marzano en su *Pornografía o el agotamiento del deseo*, «Nelly Arcan se prostituye. Pero no lo hace en su escritura. Al escribir busca. A través de la palabra, hurga en su intimidad en busca de un porqué. No da una solución. Sin encontrar, roza la superficie de una parte muda, sustraída e inasible». Y no solo busca, sino que, como ella misma declara, vomita. Un verbo con muchas aristas cuando lo pronuncia una anoréxica.

Su primer libro, *Putas*, aparece en 2001 y la crítica y los lectores le dan la bienvenida a esa escritura descarnada y brutal. Se trata de un texto abiertamente autobiográfico donde su voz fluye sin filtros, hasta el punto de referirse al viejo oficio de comercio carnal como su *putasserie*, que tiene que ver directamente con la degradación. Y no solo triunfa en el Canadá francófono, sino en

Francia, donde llegó a ser finalista de los premios Médicis y de los premios Femina. Siguiendo la estela de ese primer libro llegó en 2004 *Loca*, un lúcido ajuste de cuentas, sobre todo con ella misma, a partir de un amor desesperado. Un libro al que también le aguarda la dulce sorpresa de quedar finalista de los premios Femina. Todavía aparecerían *El niño en el espejo* y *A cielo abierto*, ambos en 2007. En 2009 se publica *Paraíso, llave en mano*. Colaboró con diversas revistas y periódicos en Quebec, a la par que trataba de escribir una tesis de máster sobre Lacan.

El 24 de septiembre de 2009 se suicidó ahorcándose en su apartamento montrealés. En su libro *Putá* afirma: «Repudio a toda la humanidad, a mi padre, a mi madre, a mis hijos, si pudiera tenerlos». Y en *Loca*: «Escribir es perder pedazos, es comprender de cerca que uno va a morir». En las palabras, ella lo sabía bien, desova la desesperación. Y hay una belleza en esa desesperación y ambas —belleza y desesperación— imponen un precio: que Nelly mate a Isabelle para terminar con la densa niebla de la vida no vivida... y que Isabelle mate a Nelly para, por fin, conquistar su espacio y su medida.

Barcelona, verano de 2018

NATALIA FERNÁNDEZ DÍAZ-CABAL

Loca

EN NOVA, CALLE SAINT-DOMINIQUE, donde nos vimos por primera vez, el desastre de nuestro encuentro era inevitable. Si lo hubiera sabido, como suele decirse sin decir qué es lo que había que saber exactamente, y sin comprender que saber de antemano desencadena lo peor, si en las cartas del tarot de mi tía hubiera podido leerse, por ejemplo, el color del pelo de las rivales que me esperaban a la vuelta de la esquina, y si a partir del año de mi nacimiento hubiera podido preverse que desde lo de Nova ya no lograría sacarte de mi cabeza... Aquella noche, en la calle Saint-Dominique, te amé inmediatamente sin reflexionar en mi final, programado desde el día en que cumplí quince años, sin pensar no solo que tú serías el último hombre de mi vida, sino que era posible que no estuvieras a mi lado para verme morir. Cuando nos conocimos mejor, aquello se convirtió en un problema; entre nosotros, se levantaba la injusticia de tu futuro.

Hoy sabes que te amé debido a tu acento francés, que albergaba a una estirpe de poetas y pensadores que habían venido desde el otro lado del mundo para llenar nuestras escuelas, ese acento tan particular maleado por tus años en Quebec, ese acento que te separaba de todo el mundo, tanto de los quebequeses como de los franceses, ese acento que hacía de ti un portador de la Palabra, como decía mi abuelo a propósito de sus profetas. De todos modos, si mi abuelo hubiera estado allí, en Nova, calle Saint-Dominique, me habría arrojado a tus brazos para darle más impulso al desastre; mi abuelo creía en la belleza de las víctimas. Él siempre vivió en la resistencia a la tierra y bajo la amenaza de las malas cosechas, mi

abuelo nació en 1902 y se dedicaba a cultivar, necesitaba que el cielo estuviera de su lado para poder alimentar a su familia y sin embargo esperaba el apocalipsis sin temor, esa era su gran paradoja.

Tu acento le daba perspectiva a nuestro encuentro. Cuando yo era pequeña mi padre leía siempre dos veces el mismo libro; la segunda vez lo leía en voz alta. Durante esa segunda vez la historia ganaba en gravedad, le parecía que la voz pesaba en sus palabras, también le parecía que un mensaje le era transmitido desde fuera. Cuando mi padre leía en voz alta dando zancadas por el salón, el libro al final del brazo como un adversario, era como mi abuelo, buscaba el texto entre líneas, descubría a Dios.

Que tú me hablaras aquella noche con tu acento quería decir que antes de morir me hablarían como nunca antes me habían hablado; quería decir que en tu boca la vida adquiriría un nuevo sentido. En ese momento yo no sabía que del principio al final de nuestra historia tú me hablarías, según lo previsto, como ningún hombre me había hablado jamás, pero no de la manera que esperaba, no de esa manera que esperan escuchar las mujeres enamoradas e insaciables de boca de sus hombres. No sabía tampoco que yo también te hablaría sin cesar y de una forma que tú tampoco habías conocido nunca y que por empeñarme en decírtelo todo, en hacerte cargar con el mundo a tus espaldas tratando de atraparte, tú me abandonarías.

A tu acento se añadió algo más, probablemente tu metro ochenta y dos, tus manos de gigante o tus ojos tan negros que era imposible ver en ellos la pupila. Cuando era pequeña, me gustaba un chico porque tenía un nombre raro, se llamaba Sébastien Sébapcédís. En mi vida he vuelto a encontrarme con un nombre así. Mi abuelo siempre me decía que las razones para querer eran pueriles y sin fundamento, y que esa base inestable de los sentimientos era el motivo por el que uno necesitaba tener fe en Dios.

Nuestra historia nació del malentendido de los detalles y tuvo un final trágico, pero, en el pasado, eso ya le ha ocurrido

a muchos. Por ejemplo, al príncipe de la Cenicienta, que estuvo siguiéndole la pista a Cenicienta por todo el reino con un zapato y que, de ese modo, le confesó que bailar el vals con ella hasta la medianoche no había bastado para recordar su rostro. Yo digo que únicamente con esa información cualquiera podría haber predicho que la historia no llegaría a buen puerto. Cuando los padres hayan aprendido a ser honestos con sus hijos, podrán decirles que nada bueno salió de ese encuentro entre un príncipe y los pies de Cenicienta salvo la numerosa descendencia que llegó al final, y que lo trágico de su historia se deriva del hecho de que acabara allí, con la numerosa descendencia. Cuando los padres sean honestos, podrán decirles a sus hijos que los cuentos de hadas ocultan el aburrimiento de la vida porque no van más allá de dar fe de la procreación.

Tú también me quisiste, pero no de inmediato, porque en tu caso el amor viene después del sexo o se queda para siempre donde se posó la vez anterior, en las manos de Nadine, por ejemplo, que sabía instintivamente cómo masturbarte, o entre sus muslos de morena segura de sí misma y mucho más ardiente que una rubia, dijiste un día sin darte cuenta de que yo no era ni morena ni rubia. En alguna parte está establecido que hay que follar al menos diez veces con una chica para enamorarse, y muchas más para llamarla «cariño» en público, eso lo dicen cada semana en las revistas de moda, que follar sienta las bases de la pareja. Tú terminaste queriéndome después de un mes o dos, y cuando me teñí de rubio para existir en tu discurso sobre las mujeres me sentí feliz por que todavía me follaras.

Es verdad que acabaste queriéndome, pero el diferencial de tu amor frente a mi amor, que estaba allí desde el comienzo, le daba un aire de esfuerzo; para quererme fue necesario que pusieras de tu parte, fue necesario convencerte. Hay que decir que en tu caso el trabajo siempre ocupó mucho espacio, tanto en el

amor como en el resto, tú mismo me lo dijiste la noche en que nos separamos. Aquella noche me dijiste que a partir de ese momento querías consagrarte a tu carrera y que para eso tenías que concentrarte y ahorrarte el peso de mi presencia en tu vida, todo lo pensabas en términos energéticos, decías que yo te agotaba.

No eres el primero en decir eso. En el pasado ya me habían dicho que yo no era una chica fácil y siempre me he preguntado qué es lo que podía significar no ser fácil. Sabía que no era un cumplido, que se trataba de un mal augurio incluso si detrás de mi actitud acorazada parecían entreverse los encantos del misterio. Para mí no ser fácil eran palabras de despedida, era una manera de decir que el misterio seguiría siendo un misterio; para mí, era una renuncia. Cuando hoy vuelvo a pensar en mi vida, estoy convencida de que me convertí en puta para resultar más fácil, es verdad que el oficio de puta exige una apertura inmediata, en internet también escribieron con mucha frecuencia en el pasado que yo era una persona abierta. Muchas veces me atribuyeron el calificativo de «mente abierta»: en ese oficio, la mente debe abrirse antes que todo lo demás.

Sin embargo, juntos hemos vivido buenos momentos. Un mes o dos después de nuestro primer encuentro en Nova, nos amamos simultáneamente. Entre nosotros hubo momentos magnéticos en que no nos tomábamos la molestia de terminar las frases porque uno sabía adónde quería llegar el otro: era el estado de la contemplación de uno mismo en el otro. Entre nosotros, hubo un breve periodo de tiempo en que nos entendíamos en todo, incluso en el hecho de que los hombres y las mujeres no pueden entenderse. Recuerdo, por cierto, ese libro que habías leído en que los hombres venían de Marte y las mujeres de Venus, recuerdo que los malentendidos se explicaban del derecho y del revés, y que a tus ojos aquellas explicaciones habían hecho de nosotros una pareja típica: uno frente al otro, nuestros sexos reaccionaban como se esperaba.

Luego se interpuso entre nosotros algo que no fue casual, sino el resultado de una serie de acontecimientos, creo que podría hablarse de desgaste. Un poco antes de que me dejaras, me quedé embarazada a tus espaldas sin decírtelo y aborté; era la primera vez que te ocultaba mis pensamientos. Antes de que me dejaras, quería lograr algo por mí misma. Supongo que, con el pánico de tu marcha, olvidé el ridículo final de los cuentos de hadas que coronado con niños, también olvidé que me quedaba poco tiempo de vida. Supongo también que por ánimo de venganza era necesario que me pagaras con ese niño o de lo contrario estaría ligada a ti para siempre, dios, cómo detesto la capacidad de los hombres de desentenderse, dios, cómo me gustaría ser un hombre para no tener que decir estas cosas.

Una parte de mí no ha estado allí jamás. Digo esto porque mi tía nunca pudo ver mi futuro en sus cartas del tarot, nunca pudo decirme nada de mi futuro, ni siquiera cuando todavía era una niña no devastada por la pubertad. Supongo que para algunos el futuro nunca comienza o solo lo hace pasada una edad determinada. Cada vez que iba a su casa, las cartas no le decían nada. En mi presencia, las cartas no eran más que cartas, mi persona tenía el efecto de desenmascararlas. Por delicadeza, mi tía no me lo confesó nunca, pero sé que ella pensaba que, frente a mí, sus cartas perdían su tercera dimensión, sé que en ocasiones no veía más que la mugre del cartón plastificado y el lado tópico de las figuras, solo un conjunto silencioso de líneas y colores. Las tocaba y no era capaz de establecer la diferencia entre ellas y el calendario en la pared, sus cartas y el calendario no le daban más que una información de espacio y tiempo a la que no se podía añadir nada. Para ella, no era mi vida la que perdía su sentido, sino la materia misma de todos los futuros. Sé también que mi existencia la hacía cuestionarse, probablemente lamentaba que su tarot no supiera

representar la duda, la inercia o el tiempo congelado de la gente que espera la muerte.

El día en que cumplí quince años tomé la decisión de matarme el día en que cumpliera treinta, puede que después de todo esa decisión se interpusiera en sus cartas, desarmadas ante la autodeterminación de las personas.

Con los años, el miedo de no ver nada perturbaba a mi tía y le impedía concentrarse. Se culpaba a sí misma, puede que por mi culpa comprendiese la angustia de los hombres que no se empalman en la cama. Era muy incómodo para ella y para mí, como es lógico, eso quería decir que toda mi vida había habido un error sobre mi persona, eso quería decir que en el momento de mi nacimiento debía de haber pasado algo, por ejemplo, que según la información médica oficial mi madre esperara un niño y que una vez en sus brazos, mientras yo gritaba a pleno pulmón en su dirección para que no me dejara caer, ella no aceptara mi auténtico sexo. Tal vez por esa razón mis primeros recuerdos se relacionan con el azul; de hecho, según algunas fotos del gran álbum familiar, las paredes de mi habitación estaban cubiertas de papel pintado azul, también me parece que en otras fotos las muñecas que sostenía en los brazos tenían un aspecto extraño.

Cuando nos conocimos en Nova, yo cumpliría veintinueve años en cuanto dieran las doce. El problema entre nosotros era yo, era la fecha de mi suicidio, fijado para el día en que cumpliera treinta años. Imagino que si no me hubieras dejado, si me hubieras querido hasta la víspera de los treinta, mi muerte te habría marcado de por vida, y no porque la soledad del día siguiente te hubiera matado, tampoco porque en el futuro no pudieras querer a otras sin sentir miedo de que tu amor volviera a matar, sino porque en el *shock* de mi desaparición habrías comprendido que yo acababa de escapar de ti llevándome conmigo todas las respuestas, y también porque en todos los recuerdos que tuvieras de mí tropezarías con

mi cadáver. Si sentimos resentimiento hacia los que se suicidan es porque ellos siempre tienen la última palabra.

Entre nosotros, nunca fue cuestión de mi muerte cercana. Contigo aprendí que existían cosas mucho más íntimas que el culo, aprendí que, en la vida, ciertos asuntos como la desesperación no se comparten, que eran un peso con el que uno debía cargar solo. Durante nuestra historia tú me hablaste mucho de tus ex y yo te hablé muy poco de los míos, cuando se conoce a un hombre se le debería poder exigir que todas sus ex se mantuvieran definitivamente al margen, se debería tener carta blanca para destruir en las llamas los álbumes de fotos y las cartas, también se debería poder borrar de su sistema informático todo rastro de las otras. Entre nosotros nunca fue cuestión de eso, de por qué puerta iba a salir de mis treinta años; tú eras una persona sana y las personas sanas lo son demasiado para concebir que alguien pueda planificar su muerte, la gente sana no corre, sin que se lo exijan, detrás de algo que llegará tarde o temprano.

De todas maneras, aludir mínimamente a este asunto acaba movilizándolo a demasiada gente, lo sé porque al sacar el tema con mis padres, cuando tenía quince años, me encontré de inmediato en el hospital. En mi sala había otras chicas que también lo habían mencionado, me acuerdo de una que incluso había intentado hacerlo, se había tomado cien aspirinas. Que aún estuviera viva me parecía un milagro, probablemente porque la cifra cien me había impresionado, me parecía la cifra exacta de la dosis mortal, el punto de no retorno hacia la nada; recuerdo que a su alrededor había despertado muchas envidias.

En el hospital se decía que, entre las adolescentes enfermas del mundo occidental, estaban las que querían matarse con una sobredosis de aspirinas y las que perdían peso hasta la inanición. Según las estadísticas, las que optaban por morir de hambre tardaban más tiempo en morir, pero tenían más probabilidades de lograrlo, eso quería decir que morir lentamente a largo plazo com-

pensaba. También se decía que morir de hambre daba más visibilidad dentro de la familia, que debía reorganizarse para resistir a la llamada de un agujero negro. En cuanto salí del hospital, me convertí en anoréxica.

En el hospital también se decía que los chicos se mataban más eficazmente que las chicas, quienes rara vez lograban tener éxito, pues tenían un concepto demasiado romántico de las maneras de matarse. A menudo, el día D, se vestían con sus mejores galas y pensaban de antemano en la postura en la que querían que las encontraran. Se decía que hablaban demasiado y que por tanto se las venía venir. Se decía que la mayoría redactaban cartas que les llevaba semanas escribir y que en ese proceso cambiaban de opinión, se les pasaba el impulso, se decía que escribir era el modo de informar al entorno, por cierto, que en las escuelas secundarias de Quebec se advierte a los padres contra el gusto de sus hijas por la escritura. Se les dice que escribir es sospechoso a una edad en la que deberían escuchar música mientras leen revistas de moda, también se les dice que escribir puede ser una llamada de auxilio, que en el fondo escribir significa tener cosas que decir sin decirlas, y que por lo tanto esconde un problema de comunicación. Cuando me hospitalizaron, fue en pediatría. Parecía que todo el mundo, los médicos, la familia, los vecinos, los amigos y la escuela secundaria al completo me designaban con una palabra, pero yo jamás supe cuál era, porque nadie me la dijo nunca. Esa palabra debía de ser «pobre», como pobre niña, esa palabra debía de ser «pobre» como deficiente, como indigente, como discapacitada mental. Desde el advenimiento de la modernidad, el suicidio ha perdido su lado heroico. Si mi abuelo aún viviera, diría que hoy por hoy matarse no es un ultraje a los ojos de Dios, sino una especie de deflagración, diría que sin la amenaza de la condena eterna al final de la cuerda, el suicidio se ha convertido en una opción.

Mi tía me quería mucho a pesar de nuestras citas fallidas con el futuro. Ella y yo teníamos la misma nariz, grande y perfectamente recta, también nos gustaba la idea de que los muertos tuvieran suficiente control sobre la materia como para vengarse de los vivos. En cuanto le anunciaron la noticia de mi ingreso, acudió al hospital con las cartas del tarot. Frente a mí retrocedió, de repente se había acordado de que yo había querido morir y de que volver a no ver mi destino en sus cartas solo podía hacerme más daño. Prefirió dejar hablar al corazón, me dijo que me quería como una madre y que yo era un caso: nunca supe si quería decir única o sin esperanza. Enseguida quiso echarle las cartas a alguien, no podía haber llevado su tarot en vano habiendo tanta gente desesperada a su alrededor y, en un gesto compasivo, eligió a la chica de las cien aspirinas. Mi tía, de repente iluminada por las cartas del tarot dispuestas en cruz donde la Luna y el Sol se miraban, le dijo que haber salvado la vida marcaría un punto de inflexión en su existencia; haber sobrevivido era en sí mismo un signo de grandes realizaciones, a partir de entonces tendría mucha calma y amor; estaría rodeada de blanco por todas partes, de paredes blancas y de batas blancas, sin duda el blanco dominaría su vida. Mi tía le dijo que le esperaba una profesión abnegada, que viviría una vida muy larga y que seguramente trabajaría en el entorno hospitalario, le dijo que probablemente sería médica o tal vez comadrona, que salvaría vidas o que las sacaría del vientre de las madres hacia la luz, en fin, que en cualquier caso la vida sería una finalidad. Mientras mi tía le anunciaba todo eso, la chica lloraba como un bebé y, a través de sus lágrimas, ella le confesó que ya había pensado, cuando era niña, que sería enfermera como su madre. Un mes más tarde supimos que a su salida del hospital había intentado suicidarse de nuevo cortándose las venas con cuchillas de afeitar. Cuando la encontraron, llevaba un vestido blanco y había colocado una carta encima.

Cuando me viste aquella noche en Nova yo te llevaba ventaja, pues tú ya sabías quién era yo, por mi fama. Sabías que en el pasado había sido puta, también sabías que había escrito un libro que se había vendido bien, y eso te hizo pensar que era ambiciosa. La primera vez que me viste fue en el programa de Christiane Charrette, donde yo era la invitada especial. A mi lado estaba Catherine Millet y detrás de mí se sucedían en una pantalla fotos de ella desnuda. Sentado en el salón de tu casa, detectaste en mí eso tan complicado que mantenía a la gente a distancia y que desentonaba en el contexto de un programa de televisión, donde yo habría debido mostrarme entusiasmada de confesarme ante un público; viste mi actitud, que era reticente y que habría tenido que ser de gratitud, de consentimiento y de cooperación. Pensaste que era una esnob, que me comportaba con arrogancia al frenar las preguntas con aire exasperado, y que una mujer como yo jamás se interesaría por un hombre como tú; yo había obtenido el reconocimiento de los franceses y tú todavía no habías publicado nada, sin duda te parecí una mujer de carácter. Desde tu salón, yo era una conquistadora; mientras duró el programa, incluso te olvidaste de Nadine.

Conocerme antes de conocerme te indujo a error. Por ejemplo, aquella primera vez que me viste en la tele no pensaste que la lente de las cámaras hacía mas grandes a las personas dándoles la capacidad de saturar el espacio, no pensaste que las personas se convierten así en el centro del mundo y de todas las miradas, como las estrellas suspendidas al final del telescopio de tu padre; tu padre era un apasionado del cosmos y cada noche iba a su pequeña cabina de observación en el tejado de vuestro edificio para contemplar las estrellas y tratar de capturar el momento final de su explosión, dejándote solo con tus juguetes y tu necesidad de impresionarlo. No pensaste que en la pantalla de un televisor uno superaba con creces su tamaño real y que el azul de los ojos se veía siempre más azul, que los focos del plató revisten la piel del brillo dorado del éxito, dios, qué no daría por seguir viviendo de esa for-